

Muleke, negritas y mulatillos

Susana Sosenski*

Cristina V. Masferrer León,
Muleke, negritas y mulatillos. Niñez, familia y redes sociales de los esclavos de origen africano en la ciudad de México, siglo XVII, México, INAH, 2013.

En la actualidad parece darse por sentado que la infancia es una etapa fundamental y formativa de la vida, que el apego a la madre es esencial para un desarrollo psicológico saludable, que los niños no deberían trabajar sino estar en la escuela; resulta abominable que los niños puedan ser vendidos o comprados, y pocos creerían verosímil que pudieran hipotecarse, empeñarse, alquilarse o revenderse. Pero hace más de cuatrocientos años la mayor parte de la sociedad en México no hubiera compartido estas ideas. Es decir, lo que hoy consideramos apropiado para la infancia no coincide con las apreciaciones, ideas y prácticas a mediados del siglo XVII. Aun cuando vemos que los niños están siendo comercializados por la publicidad y los programas de televisión, que leemos en la prensa sobre más de 400 millones de niños

viviendo en condiciones de esclavitud, utilizados para tejer alfombras, cosechar café o fabricar zapatos deportivos, prostituidos o asesinados para vender sus órganos, la mayor parte de las veces no nos detenemos a pensar si las condiciones de vida de los niños del presente son realmente nuevas o si son producto de una historia más larga.

El libro de Cristina Masferrer, *Muleke, negritas y mulatillos. Niñez, familia y redes sociales de los esclavos de origen africano en la ciudad de México, siglo XVII*, es un estudio detenido y puntual sobre una temática hasta ahora poco abordada por la historiografía de México: la historia de los niños esclavos de origen africano en la capital novohispana. El texto no sólo contribuye a la historia colonial, a la historia de las poblaciones afrodescendientes o a la historia de la infancia, sino permite, además, interpretar nuestro presente a partir de una perspectiva histórica y cuestionar los esencialismos, los universalismos, las concepciones que naturalizan a los niños y las niñas para ver a la infancia como una categoría construida social y culturalmente.

Además del aporte que significa para la historia colonial y la historia de las poblaciones de origen africano, este libro constituye una contribución relevante a la historia de la infancia en México. Aunque en nuestro país este campo de especialización nació a mediados de la década de 1990, queda todavía mucho por conocer sobre la vida de los niños del pasado. He señalado numerosas veces que en los estu-

dios históricos anteriores a esta década los niños habían aparecido, siempre tangencialmente, en las historias de la familia o la educación; sin embargo éstas obviaban sus prácticas y experiencias cotidianas, su función económica, sus relaciones con padres, hermanos o vecinos, su salud o los sentimientos hacia ellos. La historia de la educación, un campo de enorme tradición se había concentrado (y todavía lo hace hoy) en las instituciones, los maestros, o las pedagogías, pero muy pocas veces en los niños que eran educados o en la educación que tenía lugar fuera de la escuela. Por otro lado, la historiografía de la infancia mexicana se ha enfocado más en los siglos XIX y XX que en la etapa prehispánica o colonial. Sabemos todavía poco sobre los juegos de los niños novohispanos, sobre sus actividades en el hogar, sus miedos o las historias que les contaban antes de dormir, las cuales configuraron su mundo de imaginarios y representaciones. A esto se suma que los historiadores privilegiaron el estudio sobre las concepciones de la infancia en detrimento del estudio de la capacidad de agencia y de participación histórica de los niños.

El estudio de Masferrer busca, precisamente, presentar a los niños esclavos afrodescendientes no como construcciones jurídicas, como imaginarios visuales o como simples víctimas de una sociedad desigual, sino “como agentes económicos que contribuyeron a la construcción de América y el enriquecimiento de Europa”. Los mulekes del libro, esos “niños pequeños”, casi menores de

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.



doce, diez o siete años, esclavos de origen africano, no sólo dan cuenta de que en el periodo virreinal la edad era una categoría flexible, construida de acuerdo con los valores y las normas de una época, sino esencialmente un valor de cambio. Masferrer estudia con especial cuidado la onomástica, los nombres con que se bautizaba a los niños esclavos y esto le permite no sólo ver elementos culturales, en especial “el fervor religioso,” sino especialmente convertir a los mulekes, negritas y mulatillos en sujetos, y al nombrarlos, visibilizarlos. De tal modo que los olvidados de las historiografías más tradicionales dejan el anonimato y aparecen aquí con sus nombres de pila: María, Juana, Ysabel, Catalina, Juan, Diego, Nicolás, Pedro, Joseph.

Y son estos niños, con nombres, con edades, con padres, madres, hermanos, vecinos, padrinos y madrinas, quienes aparecen como actores económicos. Estos niños esclavos trabajan en muy diversas labores, como aprendices, como sirvientes domésticos, como acompañantes, cargando los cojines o las alfombras que sus amos utilizarían durante la misa. Se suponía que si eran aprendices o sirvientes debían recibir no sólo las enseñanzas de la doctrina cristiana, sino también “vestido, calzón, calzado, comida y curación”. Todavía faltan más investigaciones que permitan revisar en qué medida esto fue cumplido por los amos, quienes, por cierto, muy rara vez les daban un salario en efectivo, situación que continuó hasta entrada del siglo XIX.

Los niños esclavos fueron convertidos en bienes de consumo, en mercancías, en sujetos comercializables cuyo precio se determinaba no sólo por la oferta y la demanda o el porcentaje de su utilidad, sino fundamentalmente por su edad. De tal forma aparece en este libro otra evidencia de que la edad es una construcción sociocultural, pero ante todo un valor monetario. Y para explicar esto se presentan múltiples ejemplos. ¿Cómo no pensar a la infancia como un valor económico y comercializable en la Nueva España, si un niño pequeñito que había sido vendido en 105 pesos en 1703, se revendió dos años después en 150 pesos? Los mulekes contaban como medio esclavo y a los niños de pecho (bambos) se les vendía como un aditamento a la madre, por considerarlos de poco valor comercial. Si el precio de los productos se fija en función del valor que tienen para el consumidor, descubrimos en este libro que cuanto más grandes los niños eran más valorados económicamente.

La edad se convirtió en un cálculo de márgenes de ganancia entre esclavistas y dueños de esclavos, donde los niños aparecían sólo como objetos que podían acumularse y venderse en paquete. En Santo Domingo, por ejemplo, “cuatro

niños entre cinco y seis años” se valoraron “como si fuera una pieza, y dos mulecas de diez años aproximadamente también fueron consideradas una pieza”. Algunos dueños mintieron sobre la edad de sus pequeños esclavos para incrementar sus ganancias. Los niños esclavos también eran hipotecados o empeñados para dar seguridad a sus acreedores. Doña Andrea de Ayarse, por ejemplo, hipotecó a su esclava de once años, María, como seguro de que pagaría 190 pesos al convento de San Agustín de México. Doña Francisca de Pineda empeñó a un niño esclavo “para poder obtener cuatro cargas de cacao” (p. 185).

Los niños esclavos, como los libros o el menaje de una casa, también formaban parte de la herencia o las limosnas que se asentaba en los testamentos. Como muestra de su devoción a Dios, en 1615 Luisa de las Casas dejó al “esclavo negrillo” Joseph, de cinco años, como “limosna a la sacristía del convento de Regina Coeli, para que sirva en ella a las monjas”; muchos otros niños fueron donados a conventos, capillas y sacristías. Esta mujer donó también a Lucas, de 12 años, a su hermano, “para que lo haya y goce y disponga de él”. “Ana, una esclava mulata ladina de nueve años, se dio como parte de una dote en 1564”. Así, aunque los muleke podían despertar algunos sentimientos de afecto entre sus dueños, como muestra con todos estos ejemplos Cristina Masferrer, “aparecen claramente como objetos de utilidad”. No es fortuito, por ejemplo,

que los niños esclavos fueran contrabandeados para evitar el pago de impuestos.

La historia de los mulekes en el siglo XVII reconstruida por Masferrer muestra las diversas formas en que las sociedades han interactuado tanto con el precio como con el valor de los niños. Los usos económicos de los niños, la compra, la venta, la utilización de su fuerza de trabajo no sólo eran aceptables y considerados legítimos, sino que tener esclavos constituía un elemento de prestigio. La distinción consistía en la exhibición del capital, en hacer ostensibles las posesiones, los objetos de consumo, por eso —como se narran en las páginas de este libro— algunos hidalgos se hacían seguir hasta por doce esclavos, y por eso las mujeres españolas paseaban por la Alameda o asistían a la Iglesia en compañía de sus niños esclavos bien vestidos y calzados. “Los mulekes eran parte fundamental del patrimonio económico de los amos”, y denotaban el estatus social de sus poseedores.

El lector de este libro será testigo de un esfuerzo monumental por acercarse a los más marginados de los marginados. Una amplia paleta de documentos históricos, libros y actas de bautismo, documentos notariales, parroquiales, libros de matrimonio, archivos de la Inquisición, libros de cronistas y viajeros, concilios provinciales o contratos de aprendizaje, además de la discusión con una amplia revisión historiográfica, develan la vida de los niños esclavos, sus relaciones familiares, sus afectos y los trabajos que

se les exigían. El enfoque de este libro está enriquecido gracias al cruce entre la etnohistoria, la antropología, la historia e incluso la estadística, un ejercicio epistemológico al que más académicos deberíamos recurrir. Y en tanto se basa en un exhaustiva consulta de documentos históricos, la autora no teme en lanzar hipótesis, en ocasiones un tanto temerarias, pero que invitan al lector a imaginar los huecos que las fuentes no han permitido cubrir, acción tan delicada como provechosa, sobre todo cuando el historiador se mueve en terrenos arenosos y difíciles como la vida cotidiana en la época virreinal.

La autora coincide con los últimos avances en términos antropológicos e históricos en cuanto a que no existió una idea homogénea de infancia. Aunque la corona española fomentó el comercio y la esclavitud de adultos y niños afrodescendientes e indígenas, no deberíamos hablar de que hubo una infancia “colonial” o “novohispana”. Como en todos los momentos de la historia, en el siglo XVII no existieron concepciones generales ni lineales de la infancia. En Nueva España, las infancias transitaron por múltiples caminos y se construyeron desde muy diversos ámbitos. No era lo mismo ser un niño afrodescendiente, que uno español o uno indígena, y una niña esclava nunca tendría la misma infancia que un niño esclavo. Es decir, ni siquiera incluso en el grupo de niños y niñas esclavas hubo homogeneidad. La autora muestra cómo “su origen socioétnico, su condición

de libertad o esclavitud, sus relaciones sociales y familiares, así como sus características individuales”; o bien que “la región y la temporalidad donde habitaron” delinearon las prácticas de infancia. Es decir que, a pesar de los ideales de una época, las infancias fueron múltiples, así como los factores que podían definir la niñez; y en ello desempeñaba un papel esencial la capacidad de los niños para elaborar estrategias, resistir a los paradigmas, apropiarse de discursos o participar en la vida social, económica y cultural. Los niños, como señala Masferrer, participaron en las revueltas, en la cimarronería, en la rebelión de Yanga, aunque todavía falte mucho trabajo historiográfico para ahondar sobre estos temas. Queda pendiente investigar las formas específicas en que en el siglo XVI el concepto niño también fue utilizado para infantilizar poblaciones a las que se consideraba incapaces de decidir por ellos mismos: indios, afrodescendientes, pobres.

Se aprecia en la interpretación de la autora el esfuerzo por subrayar la necesidad de sacar a la luz las historias de esos niños esclavos y explotados, que habían sido considerados insignificantes por los estudios historiográficos. Se advierte que estos niños también podían llegar a recibir tratos amables o especiales, aunque fueran casos aislados o de manera esporádica. Algunos dueños decidían darles la libertad, otros manifestaron afecto hacia ellos, varios resultaban ser padres de sus pequeños esclavos.

La movilidad de los niños fue asombrosa, “lejos de permanecer en manos de un solo amo, los esclavos podían empeñarse, heredarse, donarse, entregarse como parte de una dote o, sencillamente, venderse” de manera continua. Y a pesar de ello las páginas de este libro dan cuenta de la presencia de relaciones paternofiliales, de la voluntad de los padres y madres por bautizarlos. El trabajo con las actas de bautizo sirve a la autora para ver quiénes estaban cerca de los bebés al momento de nacer, cuál era la condición de los niños, cuál el interés que mostraban los esclavos por sus hijos, su preocupación por conseguirles madrinas o padrinos. “Los esclavos se preocupaban por sus hijos y no perdían la relación con ellos a pesar de que éstos fueran libres y ellos permanecieran esclavos”. Aunque la Iglesia promoviera que los esclavos debían tener derecho a la vida conyugal, o cohabitar al menos los sábados en la noche, se insiste aquí que la familia nuclear no era la forma más importante de convivencia familiar, lo que nos hace dimensionar y desnaturalizar algunas creencias hegemónicas sobre este concepto. La familia de los esclavos afrodescendientes, en este estudio, aparece no necesariamente como corresidente (que todos vivan en la misma casa), sino caracterizada por la movilidad espacial, por “el desarrollo de relaciones entre personas que podían vivir en distintas casas. Esta distancia de ninguna manera impedía el establecimiento de familias, ni las relaciones entre los niños y

sus padres, ni la construcción de redes sociales y familiares” (p. 317). En tanto la mayor parte de los esclavos se casaron con personas de su misma calidad y condición, es decir, había altos niveles de endogamia, los mulekes, las negritas y los mulatillos se desenvolvían en espacios afectivos y familiares con personas de su mismo grupo socioétnico, lo cual demuestra la importancia y el sentido de pertenencia al grupo. “Los niños esclavos difícilmente crecían sin parientes y otros adultos de origen africano que los cuidaran” (p. 133), y no sólo se relacionaban con sus progenitores, “sino con otros adultos que entablaban con ellos un parentesco espiritual”: las madrinas y los padrinos, que generalmente también eran esclavos y de origen africano.

Esta es una historia de los hijos de quienes fueron traídos a Nueva España a la fuerza, con argollas en el cuello, con grilletes en los pies, viajando días y noches en completa oscuridad, recibiendo poca comida y muchos azotes. Las niñas y los niños esclavos afrodescendientes del siglo XVII no perdieron su infancia, esa fue la infancia que les tocó vivir, una infancia donde el mayor valor que se les atribuyó socialmente como seres humanos fue económico. La riqueza de esta investigación es que visibiliza a esos niños invisibilizados por tantos siglos, los saca del anonimato, rescata su acción y apunta sus aportes “a la construcción económica de la Nueva España”, un tema sobre el cual es necesario que la historiografía profundice aún más.

Han pasado casi cuatrocientos años de la época que narra Cristina Masferrer y no ha dejado de utilizarse económicamente a la infancia. ¿Se ha dejado de cosificar a las niñas y a los niños? ¿Será tan sólo que hoy “los mercados de niños esclavos funcionan de forma más oculta”? La compra y venta de niños no terminó en el siglo XIX. Para 1870, Viviana Zelizer, socióloga de Harvard, documentó cómo por diez dólares podían conseguirse niños para adoptar ilegítimamente en Estados Unidos, cincuenta años más tarde esa cifra se había incrementado a mil dólares, y a mediados de la década de 1950 a 10 mil dólares. La compra de niños sólo ha resultado cada vez más cara, porque gracias a los movimientos de protección a la infancia, a las innumerables y heterogéneas iniciativas para estudiar, conocer, cuidar y amparar a los niños, también se ha construido una idea de que los niños tienen un enorme valor sentimental para los adultos y que esas prácticas son deleznable. Esas son las paradojas actuales. Como señaló Zelizer, la sociedad considera que los niños son invaluable, pero al mismo tiempo, dentro de esa sociedad se compran, venden y trafican. El libro de Masferrer tiene la virtud de tratar un tema que interesa a los estudiosos y amantes del pasado, pero que también resulta un referente para comprender los dramas que ocurren a miles de niños en nuestros días y a las formas en que los adultos convivimos con ello.